



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.110

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En Cartagena.—En mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Ses meses, 11 id.—Un año, 20 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

10 DE JULIO DE 1906

El pago será siempre adelantado y en metálico a su letra de fácil cobro.—no responsable en París, A. Lerotte, rue Casimir, 41, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIGUES

Aparatos para alcoholes de 39 a 40° Id. aguardientes 24 a 26° Id. azúcares.

Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.

Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.

Fabricación esmerada y precios muy económicos.

Prensas, azufradores, y cuanto conviene a la elaboración de vinos.

Calle Pérez Luchu, Castellón 12. **EL MATEO**

Naufragar en seco.

No fué tan pronto pensado como circuladas las órdenes para ponerlo en práctica.

Antes llamé uno a uno a los de la cuérra, para consultarlos si debíamos irnos o quedarnos; pero la consulta tenía más de mandato imperativo que de otra cosa, por lo que todos dijeron amén, al considerar que de anda serviría poner reparos al proyecto.

¿De qué se trataba? Casi de nada; de tomar y ver al duque; es decir, no de comer y tomar el fresco junto al gran charco.

La hora intempestiva, el camino largo y la perspectiva de hacerlo a pie por falta de vehículo, eran causas más que suficientes para no aceptar con agrado la propuesta; pero la autoridad del proponente, hombre metido en años y en harina, selló los labios de los demás.

El más gordo de la cuadrilla quedó encargado de los preparativos. Había poco que hacer: recaudar dinero y ajustar carruaje, cosas ambas que le correspondían por derecho propio, pues sabe hacer seis pesetas de un duro y nadie le gana a ajustar barato.

Aún estoy pensando como hombre de tal valía pudo descuidar las leyes de la mecánica hasta el punto de echar por tierra proyecto tan

sabiamente concebido por que no negará nadie que buscar el fresco ahora no es de tontos; y en cuanto a comer, mientras se refresca la epidermis, es lo más sabio que han podido inventar los descendientes del que fué echado del Paraíso por comer manzanas.

—En, arriba—dijo el gordo cuando tuvo hecho el ajuste.

—Pero hombre—dijo uno—ahí no cabemos la mitad. ¿A quien se le ocurre meter ocho personas en una tartana?

—Usted no entiende ni jota de esto ¿Que sabe usted, si caben ó no caben?—dijo mal humorada el recaudador.

—Yo montaré detrás—dijo uno.

—Y yo—añadió otro.

—Yo también—dijo un tercero.

—Y nosotros—dijeron los restantes.

—Hombre, estaría bien ese; que no cupiéramos todos en la tartana y cupiéramos en media.

Y echando mano al que tenía más cerca lo embutió en el primer asiento del fondo.

—Señor: en sus manos encomiendo mi espíritu—dijo yo—en mi interior viendo cómo se iban colocando los flacos delante y los gordos detrás, según les iba ordenando el hombre gordo.

Faltaba un asiento; el hombre metido en años se quedaba en tierra; pero ya estaba demoralado metido en harina para quedarse de a pie y saltando con ligereza envidiable, se acomodó sobre las rodillas de los demás, que quedaron por el momento y para los efectos del viaje convertidas en colección que a mí me parecía no ser de muéllas.

—Arre tartana—dijo el gordo.

—¿A donde vamos? preguntó el conductor.

—Al otro mundo—dije para mí pensando en las consecuencias de un vuelco.

Y echando una rápida ojeada al cuballejo, que por lo flacucho adviné que no estaba en buenas rela-

ciones con la cebada; y pensando en que los arreos de la bestia serían nuevos en tiempos de Godoy, repetí, siempre hablando conmigo mismo:

—Decididamente no cenaremos esta noche; pero no pasará mucho tiempo sin que estemos con Dios en el Paraíso.

La bestia emprendió un trote ecclímetro que nos zarandeaba dulcemente; las ruedas comenzaron a surcar el camino subiendo y bajando baches; yo comencé a sentir los efectos del marco y de pronto quedó sumida la zaguera del carruaje en oscuridad profunda.

—Adelante—grité temiendo algo desagradable.

No pude continuar porque dimos fondo; la tartana se había hundido de popa y mientras el caballo protestaba del abuso dando coeces, el vehículo levantaba los brazos—digo las varas—al cielo, como si demandara de lo alto un castigo sin igual para el hombre gordo que aparecía principal culpable del siniestro.

A pesar de lo bien hecha que estaba la estiva nadie se encontró en su sitio; los que cayeron debajo ganaron los puestos superiores a empujones y patadas.

—Orden, orden—gritaba uno.

—Mis lentes—clamaba otro.

Y a todo esto la tartana parecía una olla de caracoles en la que todos se revolaban sin encontrar salida.

—Señores, silencio—suplicaba el Esculapio del lugar.

—Que no se entere nadie.

Y efectivamente; del vuelco no se enteraron los antipodas; el pueblo sí, porque todo él rodeaba la tartana cuando el prudente Esculapio acomodó la cabeza por la proa del vehículo y la rodilla por un roto del pantalón.

Por fortuna, aunque íbamos al otro mundo, nos quedamos en este ¡Es Dios tan misericordioso!

El único lisiado fué el gordo.

Entró en la tartana de larga y salió con la americana recortada como si fuera chaqueta de torero.

—Camarada:—¿dónde se ha hecho usted ese desguince?—le preguntó un vecino.

—¿A que hora es la corrida?—le gritó otro.

A poco más le tiran patatas.

Y las tenía merecidas.

—Olvidar las leyes de la mecánica!

—Pero Señor: ¿Cuándo van los hombres a la presa?

Un naufrago.

Los tres amores

El Príncipe, el noble Príncipe, más bello que un Rey, se encuentra mortalmente herido.

Mientras cazaba en el bosque, distraído por el recuerdo de las doradas trenzas de la Princesa su esposa, fué asaltado por traidor jabalí, que clavó en él sus acerados dientes.

Y vedle ahora más pálido que un ramo de jazmines, tendido sobre los brocados ensangrentados de su lecho.

Del lecho feliz en que algunas semanas antes había recibido a la virginal esposa, la Princesa de las trenzas doradas.

En torno del lecho, tres mujeres se encueñtran de pie llorando: la madre, la hermana y la esposa.

—Corramos—dice la madre,—corramos pronto un balsa del mago que habita en lo profundo del bosque.

El sólo puede componer un bálsamo que cure a mi Príncipe, a mi adorado Príncipe más bello que un Rey.

—Yo puedo curar al joven Príncipe; yo puedo daros un bálsamo que cierre sus heridas; pero para pagarme este incomparable bálsamo, preciso es que me deis: tú, su madre, el brazo derecho todo entero; tú, su hermana, tu mano blanca con el anillo al dedo, y tú, su esposa, tu pesada trenza dorada.

—Señores, silencio—suplicaba el Esculapio del lugar.

—Que no se entere nadie.

Y efectivamente; del vuelco no se enteraron los antipodas; el pueblo sí, porque todo él rodeaba la tartana cuando el prudente Esculapio acomodó la cabeza por la proa del vehículo y la rodilla por un roto del pantalón.

Por fortuna, aunque íbamos al otro mundo, nos quedamos en este ¡Es Dios tan misericordioso!

El único lisiado fué el gordo.

La hermana dijo a su vez: «Toma mi mano con el anillo».

Pero la esposa sollozó: «¡Ah! ¿es preciso que me despoje de mi trenza dorada? Yo... no puedo concedérsela».

Y el mago guardó su bálsamo.

Y el Príncipe murió.

De nuevo las tres mujeres llorando rodean el cuerpo traspasado del Príncipe.

La madre llora, sosteniendo la cabeza de su hijo bien amado.

La hermana llora a los pies del Príncipe, tan bello como un Rey.

Y la esposa llora cerca del corazón. De aquel corazón muerto, que tan tierno amor guardó por sus trenzas doradas.

Y el sitio en que lloraba la madre se convirtió en un caudaloso río, cuyas ondas inmortales corren hasta el día.

Donde lloraba la hermana, en un manantial vivo.

Peró donde lloraba la esposa, en una pequeña laguna, que secaron los primeros rayos del sol.

Maria Kristinska.

TIJERETAZOS

Dijo «El Globo»:

«Han llegado a Cartagena los huérfanos de las víctimas del cruzero «Reina Regente», siendo recibidos en la estación por el alcalde, los directores de la prensa local y distinguidas personas de la población.

Todos los niños fueron objeto de un cariñoso recibimiento.»

Y dice «El Tiempo»:

«No era el caso para menear.»

Justo.

«¿Qué interés por la suerte de unos niños que salieron de aquí para ir a Jajaja y por poco se mueren de hambre?»

Y dice además «El Tiempo»:

«Y a propósito de esto.

No sería mala tarea para algunos periódicos la de averiguar quién trajo a esos niños, cómo los trajo, para qué los trajo y con qué título los trajo.

Por que, con motivos de menor trascendencia seguramente, aunque de mayor importancia se han establecido escuelas públicas.

EL HILO DEL DESTINO. 663

y sacudía el rocío que, como salpicados brillantes, las agobiaba con su peso.

Franquitas y serenas las aguas cristalinas del río que corría a los pies de la gran ciudad, como besando humildemente las plantas de la escelsa reina de Andalucía, sin un murmullo se dirigían en busca del Océano.

Erguidos los tallos de las diversas plantas que adornaban el suelo, parecían habérselo puesto de puntillas, para mejor curiosar la escena de que formaban parte, y dirigían sus pétalos hacia el vecino sol, sollicitando su ardorosa protección contra la fresca brisa de la mañana, que en su fragilidad y delicadeza, no podía menos que hacerles trinar.

Y al ver el astro vecino dirigirse risueño a complacerles, con majestad emprendió el camino que había de conducirle a su proximidad, los débiles tallos se irgieron más y más, y abiertos y más extendidos sus coloreados pétalos, lucieron seductores sus mejor regalas, para dar más incentivo al luminoso amador. Y no solo los tallos de las plantas débiles, no solo las ramas de los arbustos fuertes, no solo los pétalos coloreados de las flores se pusieron en movimiento, alegres festejando la aproximación del astro deseado, luciendo sus tesoros todos, sino que juntamente con los objetos inanimados los animados: todo lo que la gran casa de la naturaleza encerraba, uná-

666 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Felipe Molina y Julian Mandoza, que no eran otros nuestros dos personajes, divisaron a lo lejos un carruaje, que se dirigía al sitio donde ellos se hallaban.

Julian se sentó sobre el tronco de un árbol.

—Felipe,—dijo—¿cuide usted de que ocupemos el lugar mismo donde pelearon mi padre y la víctima de ese malvado; allí mismo quiero que espere su delito, para que las sombras que el sitio ese arroque, sean los últimos pensamientos que crujen por su imaginación.

Sereno permaneció el joven sentado, en tanto que Molina se dirigió al encuentro de Bonavides, que apeado del carruaje, se adelantaba hacia él.

—¡Casariva!—exclamó el jugador con sorpresa al reunirsele,—no esperaba por cierto encontrarme con usted.

—Retirado de esta clase de lances,—contestó el barón,—bien violento me es volverme a hallar en ellos; pero, ¿cómo ha de ser!... ¿quién, rebusa estos compromisos?... Lo que si deseara—dijo interrumpiéndose—es que pudiéramos entre ambos hacer alguna clase de arreglo que...

—Señor barón—exclamó Felipe indignado, interrumpiéndole,—bien se conoce ignora usted los motivos de este duelo, ó si fuese dueño de ellos, no solo se abstendría de proponer ninguna clase de ar-



CAPITULO XL.

El sol, asomándose por entre los verdes ramales del oriente, parecía un curioso atisbando lo que pasaba dentro de la gran casa de la naturaleza, que ostentando su tranquila hermosura, sus galas matutinas y perfecto orden, le convidaba a que pasase adelante, y viniese a formar uno de sus concurrentes.

Fresca la brisa que susurraba entre la espesura, suavemente meció las flexibles ramas de los árboles